

Nuestro hombre y "la Gorda"



Nuestro hombre, con el rostro iluminado y casi en éxtasis, me hablaba de la Revolución. No de revolución, con otro minúscula, sino de la Revolución, así, con mayúscula y articulo. La mayúscula se percibía al oírse pronunciar. Y no de la Revolución francesa, la de 1789, ni la de la española de 1868, ni de la rusa, sino de la Revolución. Era para él un concepto místico, esto es, misterioso. Y cuando le decíamos que se está haciendo una revolución se exaltaba, replicándonos que es contra la otra. Y todo se le volvía: «Tiene que venir la Gorda!»

Los años que hace que venimos oyendo hablar de la Gorda! Desde que enflaqueció, siendo él que esto es como un niño, la otra Gorda, la del 68. Y, sobre todo, desde treinta años después, desde 1898. ¿La Gorda o la Obesa?

Cuando nuestro hombre se calmó empezamos a examinar las posibilidades de la Revolución mayúscula, del parto de la Gorda. Parto, por la gordura de la cría, peligroso para la madre. Pero nuestro hombre se mostraba dispuesto a todo, hasta a la operación cesárea. «Salga la hija, aunque tenga que morir la madre», decía. Y le replicábamos que la muerte de la una lleva la de la otra, y que de un cadáver, aunque sea reciente, no se saca un ser viable...

Empezamos a examinar las posibilidades de la Gorda. Primero, por fuerza armada. Hoy, que el pueblo está en armas, el otro pueblo no puede armarse contra él, contra sí mismo. Aquello de las barricadas es ya un mito. En valerse del pueblo en armas, del ejército, no hay ni que pensar. Porque no sería el pueblo mismo el que se rebelara. La Gorda no hay que esperar ni del ejército de Marruecos si tiene que volver de una vez con aquello deshacho. Sería el Anual interior, y nada más. Se está a la vez organizando otro ejército, un ejército de privilegiados y de mercenarios—veteranos muchos—, junto al otro, y hasta, si el caso llegara, frente al otro.

Examinamos las huelgas, y sobre todo aquel espantajo de un tiempo, aquello que se llamó la huelga general. También esto fué con mayúscula: Huelga General. Y se ha minúsculizado. El apoliticismo sindicalista ha hecho desvanecerse el fantasma de la huelga general. Y con la sucesión de huelgas parciales económicas no viene Gorda alguna. Lo que vienen son las flacas.

Nuestro hombre se desesperaba. «Este país no tiene remedio», nos decía. Y miraba al cielo, buscando en las nubes el trasunto de la Gorda.

Entonces le dijimos: «Eso que usted busca puede llegar, acaso está llegando. Ese fantasma mítico y místico de la Revolución no le deja a usted ver revoluciones que se están cumpliendo, no le deja ver nuestra revolución. Y ésta la hacen mejor doce hombres que, sin compromiso previo ni

programa de partido, coinciden en una acción conjunta para un propósito concreto e inmediato, que no 12.000 o 120.000 que se organicen para traer la Gorda. Eso hay que esperar de individualidades y no de muchedumbres. Las revoluciones más hondas las ha hecho un hombre solo. Pero un hombre, todo un hombre, nada menos que todo un hombre. Y las ha hecho cuando los demás ni se percataban de ello.»

Nuestro hombre concretó, personalizó. Y entonces hubimos de decirle: «No será menester echarla; se tendrá que ir!» «Aburrido, acaso?», nos preguntó. Y le dijimos: «Cuando no tenga persona decente de que echar mano.» Nuestro hombre nos miró con lástima; creyó que soñábamos. Y luego dijo: «Pero siempre habrá personas indecentes de que disponer.» No pudimos convencerle de que las personas indecentes no sirven para sostener lo que se viene abajo.

Nuestro hombre cree en la perfecta esterilidad del Parlamento, y nosotros, que nunca hemos escalinado las censuras al Parlamento, le dijimos que creemos en su eficacia. Y creemos en ella por lo mismo que los políticos que lo forman creen en su esterilidad. Lo que los políticos ha-

man esterilidad del Parlamento es su fecundidad. La revolución—con minúscula—española de hoy se está haciendo principalmente en el Parlamento. No es cierto que sean estériles sus debates. Hasta los movimientos extraparlamentarios, las huelgas más o menos políticas, por ejemplo, adquieren valor y eficacia merced a la acción parlamentaria. El mismo supuesto apoliticismo sindicalista, si logra algo es gracias a la acción parlamentaria. Y hasta se hacen movimientos para que repercutan en el Parlamento. Que, malo y todo, es el órgano central de la conciencia política de la nación. La suprema utilidad de ciertas agitaciones es que sean discutidas allí.

Nuestro hombre no cree que la crítica pueda acabar con un régimen. Nuestro hombre no cree mas que en la Gorda. Y cuando habla de ella mira a las nubes. Y si no hay nubes, si el cielo está despejado y claro, suspira. Diríase que la Gorda es una gran vaca lechera celeste y que las nubes son sus gigantescas ubres. Y nuestro hombre abre el oído por si le oye mugir a la Gorda.

Nuestro hombre, por otra parte, está desengañado de los Comités de los partidos electoreros. Y éstos, sin embargo, son los que ordeñan a la Gorda. Pero a la otra Gorda, a la verdadera Gorda, a la que no está en las nubes. Nuestro hombre, ni es concejal revolucionario ni guarda de Consumos. Nuestro hombre es un pobre hombre, y su Gorda es una pobre Gorda. Nuestro hombre acabará en apolítico, porque está asqueado de los ordeñadores. Y luego se enterará de que también los apolíticos ordeñan.

Miguel de UNAMUNO

